

JOSÉ LUIS ORELLA MARTÍNEZ

Historia del fascismo

Un siglo XX con camisa negra

SEKOTIA

© JOSÉ LUIS ORELLA MARTÍNEZ, 2023

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2023

Primera edición: enero de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: MANUEL MONTERO REINA

www.sekotia.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Sekotia

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-11313-01-8

Depósito: CO-1919-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A mi maestro Fernando García de
Cortázar, a cuyo lado aprendí a ser
un orfebre de almas, un notario
de la historia y un ciudadano
comprometido con la libertad.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO 1. ANTECEDENTES INTELECTUALES.....	19
ITALIA, EL SABOR AMARGO DE LA VICTORIA	27
EL NACIMIENTO DE LOS <i>FASCI ITALIANI DI COMBATTIMENTO</i>	33
LA CONQUISTA DEL PODER.....	42
CAPÍTULO 2. LA CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO ESTADO CON LAS MIMBRES NUEVAS DE LA MUJER Y LA JUVENTUD.....	57
EL CORPORATIVISMO FASCISTA.....	65
FASCISMO E IGLESIA CATÓLICA	73
FASCISMO Y DEPORTE.....	76
CINE Y PROPAGANDA	80
FASCISMO Y CULTURA.....	84
EL ORDEN INTERNO.....	92
POLÍTICA INTERNACIONAL Y VOCACIÓN DE IMPERIO	99
CAPÍTULO 3. LOS OTROS FASCISMOS EUROPA OCCIDENTAL	115
EUROPA DEL NORTE.....	132
EUROPA CENTROEUROPEA.....	138
EUROPA CENTROEUROPEA.....	149
EUROPA ALPINA.....	163

EUROPA CATÓLICA MERIDIONAL.....	172
ALEMANIA.....	204
AMÉRICA.....	219
ASIA.....	241
CAPÍTULO 4. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y EL OCASO DEL FASCISMO DE COMBATE.....	249
EL FASCISMO REPUBLICANO DE LA RSI. LA VUELTA A LOS ORÍGENES REVOLUCIONARIOS.....	261
EL MOVIMIENTO SOCIAL ITALIANO: «NON RINNEGARE, NON RESTAURARE».....	269
 BIBLIOGRAFÍA.....	 279
ANEXOS.....	285

INTRODUCCIÓN

El fascismo es un movimiento político difícil de definir, como comprobaremos en las próximas páginas. Acostumbrados en la ciencia política a dividir desde la Revolución francesa a las corrientes ideológicas entre derechas e izquierdas, cada vez esta división va perdiendo más su valor, y en el momento actual vivimos una nueva frontera ideológica que marca a soberanistas y globalistas, en cuyos bloques encontramos a antiguos miembros de las antiguas definiciones. En el caso del fascismo fue un antecedente de la actual indefinición de algunas corrientes políticas, al proceder del socialismo izquierdista, pero también tener claros antecedentes derechistas, lo que provocará que, en diversos países, cuando surjan grupos análogos del italiano, unos procedan de una radicalización de la derecha y otros, en su origen, lo sean de una izquierda que iba perdiendo su discurso internacionalista a favor de un programa más nacionalista. Estos diferentes orígenes hacen más complejo su estudio y favorece que muchos investigadores promuevan una descripción del fascismo como oposición del liberalismo, del comunismo, del internacionalismo..., lo que no ayuda a explicar su discurso ideológico. La variedad de fascismos, tantos o más que países donde se desarrollaron, imposibilita algo tan sencillo como crear unos mínimos ideológicos que los agrupe y favorezca su estudio de manera global. La aparición del nazismo, posteriormente, es un hecho que aún provoca más confusión cuando se tratan de fenómenos con similitudes, pero

no iguales, y el mayor impacto mediático del nazismo es usado como sinónimo del fascismo cuando sus analogías son en realidad escasas. Al mismo tiempo, el propio fascismo italiano fue mutando y transformándose, dejándose seducir por incorporaciones raciales del nazismo, en el que nadie creía en Italia, por estrechar relaciones con la potencia germánica. Sin embargo, la institucionalización en la segunda década del fascismo le llevará a un proceso de conservación en los famosos años veinte que le conducirá aceptar principios e ideas contradictorias con algunos puntos de su programa revolucionario.

De todas formas, existe un consenso general para identificar a los progresistas sociales con la izquierda y a los conservadores con la derecha. No obstante, en los extremos ideológicos la confusión es mayor. El nacionalismo, el cambio revolucionario, la protesta antisistema son cualidades esgrimidas por ambos extremos políticos provocando la confusión en la asignación de los términos. Sin embargo, aunque la expresión fascista no es la acertada, es la utilizada en la actualidad como tonel de las Danaides para incluir en ella a los más variados prototipos políticos antiparlamentarios o no, vinculados al pensamiento derechista, aunque si preguntásemos a un marxista o anarquista, fascista es todo aquel que no comparte la disciplina de su ideología totalitaria, incluyendo a los socialdemócratas. A pesar de todo, podemos encontrarnos en el consenso más global que usan los medios de comunicación, que en el calificativo se incluyen desde los legitimismos monárquicos, integristas religiosos, conservadores autoritarios, hasta los neofascistas, nueva derecha, nacional-revolucionarios, identitarios, neonazis e incluso postcomunistas. Toda una sucesión de grupos que en la mayoría de los casos no tienen nada que ver unos con los otros, y, a menudo, suelen ser contrarios entre sí. Incluso el historiador con mayor conocimiento del fascismo italiano, Renzo de Felice, negó que el nacionalsocialismo alemán se pudiese clasificar como un tipo de fascismo.

Los estudios del fascismo se iniciaron con Ernst Nolte y Renzo de Felice, quienes iniciaron los estudios académicos alejados de la polémica política. Entre los seguidores de los estudios del profesor De Felice, destacan en la actualidad Emilio Gentile y Alessandra Tarquini, con incorporaciones estadounidense como Marla Stone. George L. Mosse fue

pionero en la investigación de la historia cultural y de las mentalidades que propiciaron la aparición del fascismo, aunque por su condición de judío berlinés, buscaba el condicionamiento consciente del exterminio de su comunidad, llegando al origen francés del fascismo, como Zeev Sternhell, quien se recrea en sus investigaciones en los antecedentes intelectuales de un movimiento excesivamente ecléctico. El británico Roger Griffin, por su condición de politólogo, sigue las líneas de sus mayores, pero dando al fascismo un carácter evolutivo y esencialmente palingenético, lo que explicaría su fuerza de atracción en una juventud deseosa de modernizar y transformar la sociedad. A su vez, ese carácter revolucionario chocaría con los conservadurismos autoritarios de la época. El sociólogo Juan José Linz se encuentra entre los autores hispanos más equilibrados y alejados de los enjuiciamientos de tipo político para diferenciar fascismo de los regímenes conservadores autoritarios que fueron más representativos en el ámbito mediterráneo.

El historiador norteamericano Stanley Payne, gran referente en el estudio sobre el fascismo histórico, marcó la diferencia entre una derecha conservadora de tintes autoritarios, una derecha radical y los movimientos claramente fascistas. La primera, procedente del mundo conservador, fue abandonando sus posiciones parlamentarias a favor de un incremento del poder ejecutivo. La segunda, en su mayor radicalidad, buscaba una mayor eficacia sustituyendo el sistema liberal por el corporativo, más representativo de la sociedad al evitar la delegación de su soberanía en una elite política unida por sus intereses. Finalmente, la tercera corriente correspondería a un movimiento modernizador y palingenésico que trataría de crear un nuevo marco vital para la sociedad, eliminando los males provenientes del modelo liberal, en el cual como movimiento ecléctico reúne principios procedentes del mundo de la derecha y de la izquierda, variando la importancia de sus aportaciones según los diferentes países. Este paradigma había sido usado por el historiador francés, René Rémond en su estudio de la derecha francesa, al dividirla en la derecha contrarrevolucionaria, la liberal u «orleanista» y la cesarista o «bonapartista». El primer caso estaría representado por un político de peso como Juan Donoso Cortés, el intelectual extremeño que desde la revolución de 1848 fue evolucionando hacia posturas de autoridad, buscando el fun-

damento teológico del discurso político, y subrayando que la verdadera lucha se daba entre el catolicismo y el socialismo y su contraparte, el liberalismo. Estos dos últimos movimientos políticos negadores de la interpretación católica y por tanto de la verdad, negaban la libertad al atar al hombre a las servidumbres de sus ideologías, como explicaría de forma más detallada en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

En el segundo caso, el intelectual representativo será Hilaire Belloc en su obra *The Servile State* quien criticaba a un capitalismo surgido del liberalismo que eliminaba la libertad económica mediante su control por una poderosa oligarquía, y a su vez también la libertad política favoreciendo una tercera vía que sería el organicismo político, una forma política que por su representación natural de la sociedad tendría una representación más completa de la sociedad y que tuvo en su momento una extensión amplia en el campo teórico de Europa y América. Su carácter universal se identificó mejor con el catolicismo, por lo que después de las encíclicas de León XIII —la *Rerum Novarum* de León XIII, del 15 de mayo de 1891— y de Pío XI —la *Quadragesimo Anno* del 15 de mayo de 1931— este sistema político fue el más preconizado por los católicos como tercera vía entre el capitalismo y el socialismo. A pesar de todo, las excelencias del sistema le hicieron ser reconocido por políticos del mundo protestante y del ortodoxo, siendo uno de los de este último, el rumano Mihail Manoilescu uno de los más capacitados teóricos del corporativismo, sistema que él consideró ideal para naciones en fase de desarrollo industrial. En España será el pensador carlista Víctor Pradera quien elaboró lo que sería su gran obra *El Estado nuevo*, donde describirá la formación de un Estado corporativo fiel a la tradición católica española. La Universidad de Lovaina (Bélgica) será el gran centro difusor de estas ideas, y sus graduados se extenderán por toda Europa y América. En cuanto a la tercera corriente, enseguida entraremos en las entrañas nutricias del que surgió el fascismo.

En cuanto a la principal razón de su estudio en los últimos cincuenta años ha sido evitar su posible aparición, después de su desaparición por la derrota militar, pero no por fracaso de la ejecución de su política, como fue el caso del comunismo soviético. La aparición de

nuevos movimientos políticos ha trastocado las fuerzas sociales y el fantasma del fascismo ha sido levantado por los políticos tradicionales para frenar su crecimiento y eliminar el atractivo atrayente en sectores más reivindicativos. La adicción de un discurso nacionalista, con una imagen moderna y pragmática, ha servido para aglutinar a grupos muy diferentes que veían que podían articular de forma transversal un voto de castigo que les diese la oportunidad de retener y domesticar un número de apoyos suficiente que les pudiese dar la oportunidad de salir de la marginación política y ser aceptados por la sociedad. Por esta razón, gran parte de los movimientos sociales que han aparecido con intención de reconfigurar el espacio derechista han tenido como elemento común el fuerte protagonismo de un líder. Los partidos tradicionales por su voluntad de gobierno evitan cualquier compromiso ideológico o moral, para ser proyectos *catch all* que reúnan el máximo de apoyos. Los sectores sociales derechistas se han visto atrapados en esa dinámica, no eligiendo a sus representantes, sino optando por el contrario menos malo, por no perder el voto. La definición clara de los partidos de la derecha ha producido en un mundo secularizado y relativista, que cada vez haya menos personas que quieran identificarse de forma pública con unas ideas concretas, por lo que aquellos grupos que defienden un compromiso claro con una realidad ideal o moral acaban en la marginalidad. Los partidos tradicionales del sistema no se comprometen, son plataformas electorales que pretenden abanderar aquellos puntos sociales que conlleven mayor consenso social, para evitar críticas y sumar apoyos.

El objetivo de un partido que inicia su camino desde el ámbito social de la derecha radical ha sido conseguir el apoyo suficiente para poder ser decisivo a la hora de gobernar. La solución de salir de la marginalidad únicamente ha podido materializarse potenciando un liderazgo fuerte, con una personalidad mediática. Esta persona tenía que resultar atractiva a amplios sectores sociales y poder reunir, por su carisma personal, a diferentes colectivos e intereses, transformándose también en una agrupación *catch all*, a su manera. Esta personalidad debía hacer suyo varios puntos reivindicativos que en aquel momento fuesen mayoritariamente aceptados por la sociedad, y que por las circunstancias que fuere, los partidos tradicionales no habían asumido

en sus programas. El discurso de defensa del medioambiente, el control de la inmigración, el cuestionamiento del estado de bienestar, o su defensa, la defensa de la vida etc., han sido argumentos que han proporcionado en momentos concretos la oportunidad para la aparición de un elemento nuevo que distorsionase la geografía parlamentaria. Los nuevos temas de discusión han provocado la oportunidad esperada para la supervivencia y crecimiento del movimiento. En este contexto, el líder es el director de orquesta que proporciona la armonía y equilibrio necesarios entre corrientes ideológicas internas muy distintas. Desde los casos de Pierre Poujade y Guglielmo Giannini en los cincuenta y finales de los cuarenta, hasta Jean Marie Le Pen, Georg Haider, Gianfranco Fini o Pyn Fortuin, cuyos liderazgos desde los ochenta, y hasta el final de siglo XX, han sido determinantes en la conducción y supervivencia de sus agrupaciones. Aunque el modelo de mayor éxito ha sido la identificación del general De Gaulle con el patriotismo francés. El *gaullismo* o el *peronismo* en Argentina son fenómenos que reúnen en sí todos los ingredientes de movimientos sociales interclasistas y plurales, bajo la figura de un líder identificado con la gloria del pasado. Estos movimientos que han aparecido en la segunda mitad del siglo XX siempre han sido protagonistas de un fuerte personalismo y tildados de encubrir grandes semejanzas con el fascismo, aunque no fuesen fuerzas contrarias a la democracia, pero sí a un modo de organización de aquella democracia parlamentaria que esperaban reformar.

En la década de los ochenta fue cuando una serie de movimientos populistas aparecieron con fuerza, vertebrando un espacio necesario y abandonado. La sociedad postindustrial, utilizando el término que desarrolló el sociólogo Alain Touraine, con sus profundas transformaciones provocadas por la globalización, planteaba nuevos retos a lo que los partidos tradicionales no podían responder. Las nuevas respuestas eran hijas de su tiempo, pero también argüían a imaginarios distintos. La crisis del estado de bienestar, el multiculturalismo por la presencia de millones de inmigrantes, la caída del comunismo en Centroeuropa, la ausencia de compromiso de las personas, el miedo a la pérdida de identidad, la inestabilidad laboral han sido elementos que

han ido modelando nuevas circunstancias que los protagonistas políticos generalmente han querido evitar.

La Europa germánica y escandinava, con un alto desarrollo económico, destila movimientos de resistencia que plantea la defensa de sus niveles de vida ante la llegada de colectivos del tercer mundo, a los que se ve como invasores e inasimilables por su cultura. En la Europa mediterránea, donde los micronacionalismos se hacen eco de estas mismas posturas, como la Liga Norte, en Italia, o el Partido Nacionalista Vasco, en España, contrastan con los movimientos de ámbito nacional que se basan en la defensa de unos principios morales troquelados por la cultura católica y un concepto de patriotismo ciudadano que tiene su origen en el concepto de ciudadanía romana. Un concepto patriótico que choca con el romántico que impera en el norte de Europa y en los micronacionalismos del sur, que tienen su ser en la irracionalidad de lo sensitivo. A su vez, la Europa postcomunista recuperaba su personalidad hace treinta años y se integraba en el proceso europeo. La rehabilitación de las libertades, después de una dura tiranía comunista, ha conformado unas sociedades muy distintas a las occidentales. Los movimientos soberanistas tienen origen en los grupos de resistencia que fueron los custodios arcanos de la tradición nacional durante décadas de feroz represión comunista. Los partidos derechistas, provenientes del espacio central europeo, no tienen miedo a vivir en democracia, porque confían en la solidez de la sociedad civil, de la cual provienen y de donde arrancaron sus vocaciones a la actividad pública política. Europa conforma tres espacios muy diferentes pero fundamentales para entender la idiosincrasia de unos partidos, calificados de derechas para unos y de fascistas para otros, que aumentan su influencia y demandan un espacio social del cual se les arrancó hace setenta años. Sin embargo, para entender todo ello, la pregunta que nos hacemos todavía es: ¿qué fue el fascismo?



Mussolin. [Library of Congress]

CAPÍTULO 1.

ANTECEDENTES INTELECTUALES

En la segunda mitad del siglo XIX la fiebre del nacionalismo romántico llevó a la primavera de los pueblos y a su exaltación previa mediante el descubrimiento de su identidad a través de la lengua, la música y la literatura, en su mayor parte popular, y recluida hasta entonces en el mundo rural. El patriotismo moderno nacido en los sangrientos hechos de la Revolución francesa, difundieron la exaltación de los valores patrióticos a través de las tropas napoleónicas. Las unificaciones italiana, rumana y alemana, el despertar del resto de los pequeños pueblos que ponían en dificultades de supervivencia a los imperios e incluso a naciones históricas, proporcionaron aquel suelo nutricio del que se fueron desarrollando los nacionalismos como un discurso político propio. Especialmente, las nuevas naciones surgidas de la unificación política, como Alemania, tendrán una historia fuertemente marcada por la obra de grandes historiadores como Leopold von Ranke, Johann Gustav Droysen, Heinrich von Trietschke y August Meineke. Estos profesores alemanes, preferentemente prusianos convirtieron a la nación en el sujeto de la historia, y el Estado será emanación del espíritu del pueblo, cuyos líderes, sean reyes o jefes políticos, se convirtieron en fieles servidores del Estado como hacedores de la misión histórica que debía realizar su pueblo. El principal objetivo de aquella manera de concebir la historia será el afán pedagógico de instruir a la ciudadanía de su perte-

nencia a una comunidad nacional, determinada por un espíritu nacional marcado por las heroicidades de los héroes del pasado. La historia debía convertirse en la maestra del ciudadano nacional.

El fruto de esa enseñanza nacionalista será la exaltación de los valores patrióticos, la necesidad de formar un imperio colonial y un deseo de modernización a través de la industrialización. Para conseguirlo llegaron a propugnar un autoritarismo reformista que condujese a la nación a esos éxitos sin las trabas de un parlamento, representativo en realidad de los intereses de los diferentes grupos económicos, potenciando un ejecutivo fuerte que gestionase de una forma más rápida. Esta corriente proautoritaria no iba contra la tradición liberal, sino que bebía directamente en el nacionalismo romántico y hundía sus raíces en el nacionalismo jacobino. Los nacionalistas como reformistas no pretendían un cambio total del sistema imperante sino un reforzamiento de su ejecutivo. Las teorías de Nietzsche del superhombre, del *nächstenliebe* (amor a los próximos) y el evolucionismo de Darwin ayudaron a generar en estos liberales el deseo de un elitismo político que dirigiese ese autoritarismo liberal y nacionalista. En concreto en los países germánicos será un sentimiento de superioridad racial que irá acompañado con su desarrollismo industrial y que les hizo creerse herederos de una selección biológica. Un ejemplo claro es la obra de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde defiende, de forma determinista, que la forma moderna capitalista surgió del cambio de mentalidad que se produjo por la ruptura protestante de la cristiandad, olvidando la Escuela de Salamanca y el desarrollo comercial italiano, flamenco, portugués y español bajo los mismos estandartes del imperio de la monarquía española.

A nivel de formación de un discurso político propio, Maurice Barrès y Enrico Corradini fueron los pioneros de este nacionalismo elitista y nacionalista que propugnaba soluciones bonapartistas como la del general Boulanger en Francia o que se materializaba de forma efectiva en el II Reich del canciller Otto von Bismarck, que obviaba al parlamento liberal apelando a las masas populares. Esta llamada a las masas para romper el corsé burgués del liberalismo llevó al derechismo radical a un populismo nacionalista que se vertebró en el fenó-

meno de las ligas patrióticas en Francia y las asociaciones nacionalistas en Alemania y Austria-Hungría.

Sin embargo, estas ideas nacionalistas del liberalismo entroncaron también con el tradicionalismo contrarrevolucionario del legitimismo que se iba arcaizando y necesita adaptarse a una nueva situación política tras el fin del *Ancien Régime*. No obstante, todo aquello cambió con la aparición del verdadero profeta de la derecha radical de la primera mitad del siglo XX, Charles Maurras. Este intelectual provenzal, creador del nacionalismo integral, relacionó el positivismo racionalista con el organicismo medieval que la Iglesia católica y la institución monárquica habían inspirado en el pasado. Para poder defender sus ideas, en 1899 fundó *L'Action Française*, donde se concentró lo más excelso de la intelectualidad católica francesa. En el marco de *Action Française* se constituyó una liga política (1902), un instituto con cátedras para la enseñanza (1906) y un periódico (1908). Para el reparto del periódico y como milicia propia se formaron los *camelots du roi*. La gran reputación que adquirió se debió a la preocupación de Maurras por la exposición. Antes de interesarse por los planteamientos políticos, el escritor provenzal abogó por la claridad en el arte y la literatura. La claridad de la exposición de sus ideas sirvió para atraer a los ideales legitimistas una variedad de jóvenes intelectuales sin ninguna conexión con el mundo vendeano o *chuan*. La calidad de los colaboradores de la revista hizo reverdecer al legitimismo francés y proporcionar un laboratorio de ideas a la derecha gala, que trascendió sus fronteras. Portugal, Italia, Bélgica, Suiza, España y Austria modernizaron sus derechas con las aportaciones del genial intelectual. Su influencia llegó a América, donde su eco trascendió al Canadá francés, al catolicismo irlandés estadounidense y al conservadurismo hispanista de Iberoamérica.

Bajo el patrocinio de Maurras, León Daudet, hijo del célebre novelista, ejerció de hábil escudero llevando el protagonismo de la polémica política. Junto a él pasaron una pléyade de intelectuales como Maurice Puyo, Henry Massis, Georges Valois, Robert Brasillach etc., que hicieron sus primeras letras en el periódico. Sin embargo, aunque defensor de la Iglesia católica como baluarte del orden social, por su agnosticismo personal, Maurras será condenado en 1926 por el papa. El positivismo que defendía y, fundamentalmente, la gran influencia ejercida

sobre la intelectualidad católica por un agnóstico fue quebrada por los sectores más liberales, enemigos acérrimos del genio del Midi. No obstante, cuando renunció al positivismo de su orientación filosófica en 1929, se le levantó la condena a su obra. Su gran influencia intelectual en la juventud universitaria ayudó a modelar un nacionalismo francés antialemán y crítico hacia los valores liberales de la III República. En Bélgica, en una encuesta realizada por los estudiantes de la juventud católica, Charles Maurras quedó como el intelectual que más había influido en el panorama juvenil belga.

Para el historiador israelí Zeev Sternhell, Francia fue la cuna del fascismo, por serlo del sindicalismo revolucionario soreliano, precedente intelectual del fascismo, y que se desarrolló en Italia con gran empuje intelectual, político y social. A esta corriente hay que sumar la ya expuesta de Charles Maurras, pero también de Maurice Barrès quien, con su síntesis de autoritarismo, culto al líder, anticapitalismo, antisemitismo y cierto romanticismo revolucionario, preanuncia algunas de las características más llamativas del fascismo. La modernización sufrida por la derecha francesa por la reivindicación de Alsacia y Lorena, manteniendo un discurso de constante antigermanismo y favoreciendo la necesidad de reformar a la Francia de la Tercera República de sus debilidades, para el profesor de Jerusalén, el nuevo discurso derechista convirtió al país galo en un precedente importante a nivel del mundo de las ideas, para poder entender el surgimiento del fascismo.

Sin embargo, el fascismo no tendrá nada de particular con estos movimientos derechistas, sin la aportación de otras corrientes dinámicas procedentes de la izquierda, como la iniciada por Georges Sorel, uno de los principales impulsores de la corriente del sindicalismo revolucionario, quien promovió una nueva trayectoria de renovación del socialismo desde el irracionalismo vital. Esta línea ideológica se manifestó en nuevos ámbitos como el Círculo Proudhon, formado por nacionalistas y sindicalistas, que tenía en común la lucha contra la democracia para poder trabajar y vivir de forma honesta. Georges Sorel, como administrador de la *École des Hautes Études Sociales de París*, luchará no por integrar al obrero en la sociedad burguesa liberal, sino por independizarlo de ella, creando una conciencia propia, dispuesta para aniquilar al régimen burgués, como expresará en *Reflexiones sobre*

la violencia, su obra más célebre. La violencia para Sorel era instrumento necesario en la historia para transformar las cosas ante la incapacidad del socialismo parlamentario de cambiar la sociedad.

Sorel propugnará la vuelta del gremio como organismo base de una sociedad sustituta de la liberal capitalista. Desde 1909 colaborará con *Action Française* y apoyará el discurso político de Maurice Barrès, quien se había definido como un republicano, socialista y nacionalista. Barrès usó como sinónimos el nacionalismo y el socialismo, ya que el primero debía tener como principal objetivo la mejora de la capa social más numerosa y pobre. El nacionalismo debía luchar contra el nuevo feudalismo capitalista en manos de financieros protestantes y judíos. Algunas publicaciones como *Los Cuadernos del Círculo Proudhon* contaron con la participación de Charles Maurras y su discípulo Georges Valois, quien será el primer fascista francés, donde reivindicarán al anarquista Proudhon y rendirán homenaje a Georges Sorel.

Otros intelectuales de gran influencia serán el sociólogo Gustave Le Bon, quien a través de su obra *La psychologie des foules*, describirá por primera vez la importancia del liderazgo en la conducción de las masas, la cual publicó en 1895, pero se hará evidente la transformación de la sociedad europea después del impacto de la Primera Guerra Mundial. El alemán Oswald Spengler filósofo de la historia, quien será recordado principalmente por *La decadencia de Occidente*, defendía que la cultura debía verse como un macroorganismo con una vida limitada, y, por tanto, con un ciclo predecible de decaimiento final. De ese modo predijo que en el 2000, el occidente vería nacer un movimiento cesarista que restaurase el ciclo civilizador. Una de las soluciones que proponía, la expresó en 1919 en su obra *Preußentum und Sozialismus (Prusianismo y socialismo)*, donde defendía un socialismo prusiano hijo del comunitarismo del principal Estado prusiano, que debía de servir de base para el fortalecimiento de Alemania frente al liberalismo y al marxismo. En este campo coincidió plenamente con uno de los mayores sociólogos del momento, el también alemán Werner Sombart, en sus últimas obras, *Deutscher Sozialismus (El socialismo alemán)*. Aquella visión asentada en la principal obra de Ferdinand Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft (Comunidad y sociedad)*, donde la comunidad debía entenderse a modo de un organismo vivo y emocional, y la sociedad como algo artificial

y accidental. La comunidad era natural, como la familia, el trabajo o el hogar, y se enorgullecía del pasado, como Maurice Barrès había resumido en el término «tierra y muertos», y por su voluntad de esencia la comunidad tenía tendencia hacia el amor y la fidelidad, mientras que por el contrario la sociedad, por su artificialidad, se guiaba de forma relativista, movida por el egoísmo e intereses del momento, como la lucha por la ganancia en el mundo capitalista.

Otro de los puntos para tener en cuenta en la nueva sociedad de masas, es que por su propio crecimiento y alcanzada la democracia directa con el Sufragio Universal masculino y después de la Primera Guerra Mundial con el derecho del voto de la mujer, la imposibilidad de gobernar con el conocimiento de la opinión de todos conducía a la democracia hacia la oligarquía como Hilaire Belloc había criticado por su experiencia de diputado. En esta línea, los padres de la sociología moderna, Wilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels estudiaron la formación de los cuadros elitistas para la dirección de la sociedad, y las consecuencias de su renovación por contacto con los elementos más activos de los sectores inferiores más inmediatos o su perpetuación en el poder mediante la coacción, favoreciendo periodos de decadencia e incluso de violencia por la reivindicación de una alternancia por los sectores sociales marginados de forma permanente del poder. En la obra principal de Robert Michels *Los partidos políticos*, se expresan las tendencias oligárquicas de la democracia y el mantenimiento del poder mediante el control, y no por la representatividad de los intereses del bien común de la sociedad.

En resumen, en el inicio del siglo XX gran parte de la intelectualidad de vanguardia era crítica contra la democracia liberal, pero no por ser favorables a posiciones autoritarias, sino, por el contrario, por considerar que el liberalismo en realidad había propiciado desde la Revolución francesa el control del poder por parte de la elite más enriquecida, mientras el resto de la sociedad, aunque fuese de un modo gradual accediendo al uso del voto, en realidad no veía reflejada su representatividad ni la defensa de sus intereses. La aparición de los movimientos de masas que proporcionasen seguridad y estabilidad a las personas, ante el desamparo del individualismo egoísta del liberalismo, se generará desde la segunda mitad de siglo XIX, alcanzando su

eclosión en las primeras décadas del XX. Estos movimientos sociales tendrán en común ser contestatarios por naturaleza a un sistema que afectaba, por su explotación capitalista, a la dignidad de la persona. Por esta razón, los socialistas y los católicos sociales desde la segunda mitad del siglo XIX construyeron sus respectivas sociedades civiles formadas por asociaciones pedagógicas, sociales, deportivas, culturales, juveniles, femeninas, estudiantes, obreras, casas del pueblo en un caso, círculos católicos en el otro, cooperativas, cajas rurales, medios de prensa, incluso equipo de fútbol. En definitiva, un mundo completo organizado y jerarquizado donde el individuo se encontrase a salvo de la depredación sufrida en el mundo liberal donde subsistía el poder dinero. Las masas populares encontraban de esa forma en los postulados socialistas o católicos, un respeto a sus personas y un compromiso por su dignificación. Sin embargo, aquellos mundos alternativos, por su propio origen, vivirán el dilema de ser alternativas al régimen liberal a través de la defensa de la dictadura del proletariado o la culminación de un Estado corporativo como se difundió desde la Universidad Católica de Lovaina, relanzada por Desirée-Joseph Mercier, quien fue profesor de filosofía, fundador del Instituto de Filosofía y rector de la Universidad. Desde 1907 Desirée-Joseph Mercier fue cardenal, primado de Bélgica y arzobispo de Malinas, desde el año anterior. Al mismo tiempo, estos verdaderos movimientos sociales que buscaban la armonía social y su progreso formarán partidos políticos de gran repercusión electoral al contar con el apoyo de aquel mundo asociativo. Los partidos socialistas y católicos sociales funcionarán fielmente en el sistema liberal, formándose dentro de sus grupos parlamentarios corrientes liberales favorables a la compatibilidad con sus ideas, mientras que el resto de sus compañeros lucharán por su sustitución.

En España, el carlismo decimonónico tuvo la suerte de modernizarse a cuenta del organicismo, originario del krausismo, y el nacionalismo regionalista que Juan Vázquez de Mella desarrolló a principios de siglo XX. A su muerte, su sucesor ideológico, Víctor Pradera sintetizó la tradición del carlismo, la herencia *mellista* con el corporativismo católico social que se inspiraba en las experiencias políticas del Portugal de Oliveira Salazar y de la Austria de Engelbert Dollfuss. El carlismo español será un verdadero superviviente entre los movi-

mientos legitimistas, que anclados al pasado fueron marginados de forma progresiva de la vida política, excepto en España donde supieron ser pioneros en el movimiento de masas, por ser un movimiento de fuerte sustrato popular que supo encontrar su adaptación al mundo real vertebrándose a través de los organismos inspirados en el catolicismo social.

Ramiro de Maeztu, uno de sus más preclaros intelectuales de la generación del 98, había peregrinado desde el liberalismo reformista hacia el corporativismo. Las influencias foráneas principales procedían de intelectuales socialistas británicos, en su vertiente *guildista*, como George D. H. Cole que defendió la vuelta a un gremialismo de una nueva Edad Media idealizada, donde el Estado redujese su función a una mera función de coordinación, y la sociedad estuviese formada por organismos totalmente autónomos del poder. Este modelo será similar al distribucionalismo, sistema orgánico desarrollado por los hermanos Chesterton e Hillary Belloc. Maeztu, en su obra de 1919 *La crisis del humanismo*, ve al hombre como medida del mundo por ser creación divina, y cómo su alejamiento de Dios le tiende a una relatividad que desembocaba en un liberalismo que atomizaba el individualismo del hombre, siendo el catolicismo con su orden moral, el verdadero sostén de un orden social justo. Para Maeztu, los tiempos del liberalismo y la democracia habían muerto en 1918 y la amenaza de la revolución solo podía combatirse desde el interior del alma de la nación española expresada en su tradición.

Este recorrido a través de los intelectuales más influyentes del momento nos describe una situación agónica, en el sentido etimológico de lucha, donde el mundo europeo, que afrontará la Primera Guerra Mundial, ya sufría una crisis profunda que el conflicto ayudará hacer eclosionar en el nacimiento de un nuevo periodo que será el de la sociedad de masas, donde los nuevos movimientos políticos, entre ellos los fascistas, obtendrán su gran oportunidad de protagonismo por su ideal palingenésico.